

do de lo excéntrico que busca originalidad sin darse cuenta de que toda creatividad descansa o toma impulso en la tradición, sino lo nuevo, la innovación, en cuanto factor del cambio histórico; en cuanto el cambio podría ser la esencia de la Naturaleza, de las sociedades e incluso de los individuos; pero precisamente por ello necesita y exige a su alrededor de un esfuerzo especial para preservar la continuidad, o si se quiere, el problema de la tradición en medio del cambio.

Así, la obra de Maravall ha insistido en ese factor de cambio y nos ha hecho recapacitar sobre temas, conceptos, puntos de inflexión históricos, que se han revelado como instrumentos de enérgica operatividad. Piénsese en sus estudios sobre el pensamiento utópico, sobre el papel de los marginados, pero también en sus minuciosos y documentados análisis sobre el sentido, en distintos contextos históricos, de temas recurrentes en la tradición occidental como los conceptos o las «voces» (según él mismo los ha denominado en ocasiones, mostrando especial sensibilidad hacia los cambios léxicos y semánticos en el lenguaje) de «felicidad», «civilización», «estadista», o lo «español», la «tradición», la «sensibilidad», la expresión «Corona de España», la «industria y lo industrioso».

La evocación de la figura y obra de don José Antonio Maravall quedaría incompleta si no se hace referencia a la otra cara de su trabajo de investigación: la de su docencia universitaria. La universidad y el contacto con los estudiantes y jóvenes investigadores eran para don José Antonio algo tan importante como su propia labor investigadora. Jamás deslindó una cosa de otra; con absoluta generosidad siempre tuvo tiempo libre y su casa abierta para ellos; siempre estimulaba con palabras y con hechos las incipientes vocaciones, los balbuceos de los primeros artículos; y cuando esos primeros pasos se materializaban en carreras profesionales dentro de la universidad, Maravall no ocultaba su entusiasmo; pienso que una de las cosas que le hacían más feliz era descubrir o comprobar el estudio y el interés de los más jóvenes. Se volcaba de manera incondicional con sus colaboradores, y era generoso para todo el que le reclamaba algo de su atención y su tiempo ¡Cuánto le importaba la universidad! Hojeando estos días la dedicatoria de sus libros, comprobaba yo que en todas ellas me hacía alguna alusión a las tareas en la facultad, a la responsabilidad con la institución universitaria. Todavía recuerdo con emoción toda una tarde de la última primavera de su vida, ya jubilado, contestando incansable las preguntas de una decena de estudiantes que en mi seminario de *Clásicos políticos* le retuvieron durante casi cuatro horas, embebidos en su discurso y en su persona. Tenía el don de poder transmitir lo único que verdaderamente se puede enseñar y al tiempo lo más difícil de hacer: *el amor por lo que se hace*. Quizá porque como dice San Agustín:

El hilo de nuestro discurso sigue vivo gracias al mismo goce que tenemos al decir lo que estamos diciendo.

Y en José Antonio Maravall siempre permaneció ese *placer por la experiencia del conocimiento*, ese amor por la cosa en sí, que exige —como le exigía a él— pasión y autodistancia al tiempo. Pero además, en esa transmisión —gozosa— del amor por lo que se hace —el sello del auténtico maestro—, Maravall sabía infundir a su alrededor (como ya escribí también en otra ocasión, pero me parece fundamental repetir ahora), supo infundir

lo que podríamos llamar el «valor en sí mismo», una manera de crear un *nomos* en el interior de las personas. Maravall pertenecía a ese pequeño grupo de maestros que Peter Handke denominaba «apasionadamente severos», cálidos y exigentes a la vez, o como él mismo decía en alguna ocasión, «discrepantemente tolerante», es decir, abierto a los jóvenes, con tolerancia viva, pero mostrando siempre la existencia y necesidad de que el mundo tenga sus configuraciones. Enseñando lo que para Max Weber sólo puede hacer un auténtico maestro: la aceptación por los alumnos de los hechos incómodos; es decir, la aceptación del esfuerzo y de la frustración, en ocasiones; la aceptación de la opacidad de la realidad, la aceptación de que no existen fórmulas definitivas ni salvadoras, y al tiempo la necesidad de permanecer atentos y apasionados hacia los hombres y hacia las cosas. En el alud de homogeneización demagógica y del «todo vale» de nuestras sociedades actuales, una actitud como la de Maravall — cálida y atenta, como decía, pero no blanda y complaciente— es una enseñanza cuya aparente sencillez es producto (como todo lo sencillo, que es lo opuesto a lo simple), es producto —decía— de una completa y larga cadena de esfuerzo y lucidez.

Quizá Maravall tenía ese don porque no sólo fue un sabio, en el sentido profundo del término, sino un sabio «humanista moderno» —dijo de él el rector de la Universidad de Toulouse—; alguien que supo crear junto con su mujer, M.^a Teresa, un entorno armonioso día a día; seguir el crecimiento de sus hijos y de los amigos de sus hijos con auténtica curiosidad y respeto y amor. Él, que escribió páginas tan hermosas sobre el amor en el Renacimiento y las transformaciones históricas de ese sentimiento en Occidente, lo mantuvo cuidadosamente a su alrededor, lo cultivó con una exquisitez que fue profundizándose en el transcurrir del tiempo e infundiendo en su entorno más próximo una sensación de equilibrio y serenidad. Si, como decía Buffon, «el estilo es el hombre», la cortesía y amabilidad del trato de Maravall (que tanto echamos de menos en un mundo que reniega peligrosamente de las formas), esa cortesía y amable exquisitez define la delicadeza y afabilidad interior de don José Antonio.

Soy un hombre de suerte —declaraba en el acto de la presentación del libro-homenaje que le ofrecíamos—, ya que he nacido en la familia que hubiera elegido y he trabajado en lo que siempre me gustó.

Pero pienso que una cosa y otra no son producto de la suerte tan sólo, sino creación esforzada y mantenida con tesón e inteligencia, resultado de un tipo de elecciones y no de otras. Nunca le tentó la política —«nunca me ha gustado ser político, pero sí estudiar a los políticos», repetía—; nunca quiso salir del campo universitario que era su vocación. Eso es algo que, a él y al puñado de profesores de talante y formación liberal que permanecieron en la universidad española en los años difíciles, no se les agradecerá nunca lo suficiente. Gracias a ellos, los estudiantes de mediados de los años sesenta no sólo contamos con su ayuda generosa en momentos malos, sino que conocimos un saber no sectario, enmarcado en Europa, huyendo de la división dicotómica de toda época dictatorial, y con la exigencia de un rigor en el conocimiento que, al menos como aspiración, quedó incorporado a nuestro propio quehacer.

La enseñanza de Ortega, el magisterio vivo de Carande, los autores que se publicaban

a través del Instituto de Estudios Políticos y de la *Revista de Occidente*, tantas otras facetas que, para no cansarles más, debo acortar, nos llegaron a través de maestros como José Antonio Maravall.

Una obra de tal envergadura ha supuesto —supuso— en su vida más de cincuenta años de trabajo intelectual paciente y metódico. Detrás de esa treintena de libros y de esos centenares de artículos —todos enjundiosos, en todos aportando algo— hay un trabajo riguroso y paciente, «contractual» en el sentido que él decía y también «vocacional», realizado con la pasión distanciada del buen investigador y con la brillantez y acierto que sólo la excelencia puede otorgar. Cualquiera de sus libros —explicaba él mismo— estaban programados en cierta forma veinticinco años antes de su escritura; de forma metódica, Maravall trabajaba en varios frentes a la vez, tomando notas incansablemente en miles de fichas que iba distribuyendo en sus distintas carpetas y sobres. «Éste para tal libro, éste para tal otro, éste para el otro —nos explicaba—. Y a la vez «iba fabricando», como gustaba decir. Esos miles de fichas manuscritas que ahora nos asaltan, entrañables y vivas, por todos los rincones, los cajones, los armarios de su casa. A pesar de haberlo vivido día a día, M.^a Teresa, su mujer, sigue manifestando su cálido asombro; «¡Cómo trabajaba! ¡Cuánto trabajaba José Antonio! Mira —me dice—, aquí hay como para otros veinte años». Y yo sólo puedo añadir: «¡Y con qué brillantez, y qué bien lo hacía!». Pero estoy segura de que si él pudiera intervenir en nuestra conversación, exclamaría alegre: «¡Y qué bien lo he pasado! ¡Cuánto me he divertido! ¡Cuánto os he querido! ¡Cuánto os quiero!». Todavía es como si siguiera con nosotros, en nuestro cariño e intimidad, y también en sus escritos y en su obra, materializada ésta en ese «mundo 3» popperiano, ya objetivado y duradero, al menos tanto como duren los hombres. Y nos hablaría de la creencia clásica en que la genuina investigación hace felices a los hombres (a cierto tipo de hombres) y leería aquellas palabras del *Protréptico* de Aristóteles, que evocan mejor que ninguna otra lo que ha sido su gigantesca figura:

Los extraños —decía el filósofo— pueden pensar que se trata —la investigación— de una obra ingrata, pero quien la ha probado de una vez, jamás quedará saciado de ella.

Es la única forma de la actividad humana que no está limitada a tiempo, lugar ni instrumento alguno. Ni pide que la aliente un lucro externo.

Quien la posee es poseído por ella; en consecuencia, no conoce nada más placentero que estar sentado dedicado a ella.

Su muerte, bien es cierto, ha sido prematura, como siempre es la muerte de los seres queridos y la muerte de los sabios, de espíritu inteligente, lleno de proyectos, y de alma bondadosa y joven, pero al tiempo, y ante el dolor y la impotencia de lo inevitable, hay que pensar que si como decía el coro sofocleano «nadie puede llamarse feliz hasta el último día de su vida», José Antonio Maravall lo ha sido hasta el fin. Rodeado de todos los suyos, en ese entorno armónico conseguido con amor y voluntad, querido y respetado por colegas y discípulos, reconocida su obra. Este homenaje entrañable se suma a ese cariño y reconocimiento*.

M. Carmen Iglesias

* Texto leído en el homenaje a Maravall, Xàtiva, octubre 1987.



José Ortega y Gasset